

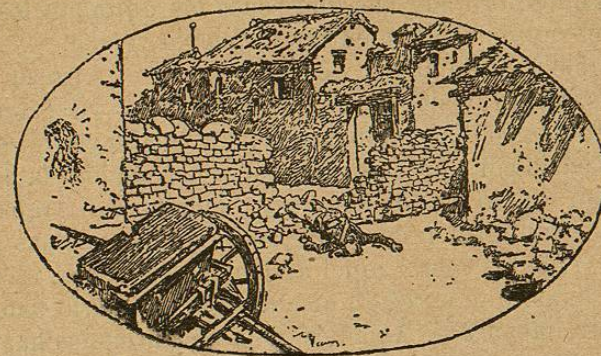
cabo de tres horas de esta noche terrible, en la cual cada minuto decidía la muerte de un siglo. Este regimiento, calentado con bravatas, bien bebido y pagado á tantos luises por hombre, franqueó las ocho leguas á un galope rápido á través de un país sublevado, solo en una campiña que arrojaba por todas partes gentes armadas. Corrían por un país enemigo que se cerraba tras su paso, haciendo difícilísimo el retorno. Bouillé, que marchaba al frente, encontró á uno de los suyos que regresaba de Varennes.—«¿Y el rey?»—preguntó con ansiedad.—«Acaba de salir de Varennes: se lo llevan á París.»

Bouillé se hundió el casco de un puñetazo, juró loco de rabia y rasgó con sus espuelas ensangrentadas los flancos de su caballo. El regimiento pasó adelante como un huracán.

Por fin llegaron á las inmediaciones de Varennes. No había medio de pasar: el camino estaba obstruido con barricadas. Un fuerte riachuelo les cortó el paso, pero lo vadearon. Más allá encontraron un canal é intentaron pasarlo también; pero las noticias que recibieron apagaron su ardor. Habían perdido toda esperanza de salvar al rey. Los alemanes comenzaban á decir que sus caballos no podían más. Además, corrió por las filas la noticia de que la guarnición de Verdun marchaba contra ellos.

El joven Luis de Bouillé ha contado lo ocurrido en esta última hora cuando su padre, loco de furor y con la espada desnuda, quiso continuar la persecución á todo trance y dijo con un movimiento audaz y juvenil: «¡Adelante! Nos hundiremos con esta pequeña tropa en el seno de Francia armada contra nosotros...»

Sí: la verdadera Francia se levantaba en armas. Y aquellos alemanes que corrían, y Bouillé que les conducía y el rey conducido por fuerza á su palacio, ¿que eran? Eran la revuelta.



CAPITULO XIV

El rey y la reina conducidos desde Varennes (22-25 Junio 1791.)

Unanimidad del pueblo contra el rey.—Únicamente Chalons le hace buen recibimiento (22 de Junio).—Los comisionados enviados por la Asamblea (23 de Junio).—La reina y Barnabé.—Parada de Dormans.—La familia real en Meaux, en el palacio de Bossuet (24 de Junio).—Petition quiere salvar á los tres guardias de corps.—Entrada en París (25 de Junio).—Llegada á las Tullerías.—Diversos sentimientos del pueblo

El rey y la reina habían llegado á persuadirse durante mucho tiempo de que la Revolución estaba concentrada en la agitación de París, que era una cosa artificial, una conspiración aislada de los Orleanistas ó de los Jacobinos. El viaje á Varennes pudo hacerles ver lo contrario, y el regreso más aún.

En vano trataba la reina de engañarse á sí misma, de achacar el mal resultado de la empresa á causas desconocidas. «Se ha necesitado—decía—un concurso extraordinario de circunstancias, un milagro.» El verdadero milagro fué la unanimidad de la nación. Unido en un solo arranque de justicia y de indignación, la Francia salvó á la Francia.

Recordemos las circunstancias del viaje. Esta unanimidad se manifiesta en todas partes. Por do quiera la fuerza militar es neutralizada por el pueblo. Cerca ya de Chalons, Choisseul no puede soportar la mirada de aquella multitud que le vigila y le adivina; á pesar de los bosques, á pesar de la noche, el ojo del pueblo le sigue, le ve en todas partes, de aldea en aldea oye tocar á arrebato. El oficial de Sainte-Menehou, el de Clermont, quedan anulados, paralizados por aquella vigilancia inquieta. El de Varennes huye; y el joven Bouillé, amenazado, no puede tomar el mando. El mismo Bouillé no puede salir al encuentro, no pudiendo fiarse ni de sus tropas ni de las guarniciones vecinas, viendo la campiña alzada en armas. Un hecho quizás más grave y que habíamos omitido, es que en todas partes, en sus alojamientos, los soldados se percataban de

Los que rehusaban iban á tener la gloria del desinterés y del valor, pues las turbas sitiaban las puertas de la Asamblea y se oían sus amenazas.

Los dos partidos se acusan en este punto. Los unos dicen que los jacobinos intentaron arrancar el juramento por medio del terror; los otros aseguran que los aristócratas habían apostado gente pagada para demostrar que se les hacía violencia, y al par que hacer odiosos á sus enemigos, decir, como efectivamente lo dijeron, que la Asamblea no estaba libre.

Al comenzar el acto del juramento, el presidente comenzó á llamar por sus nombres á los diputados.—*El señor obispo de Agen.*

El obispo.—Pido la palabra.

La izquierda de la Asamblea.—¡Nada de palabras!... ¿Prestáis el juramento sí ó no?

El obispo de Agen.—Habéis dicho que los que rehusen perderán sus cargos. Yo no tengo ningún interés en conservar mi puesto, aunque sí que siento mucho perder vuestra estima. Os ruego que creáis en el sentimiento con que me niego á obedeceros por no poder prestar juramento.

Continúa el llamamiento de diputados.

El cura Fournés.—Yo diré con la simplicidad de los primeros cristianos: tengo á gloria y honor el seguir á mi obispo.

El cura Lecterc.—Yo soy hijo de la iglesia católica.

Este llamamiento nominal resultaba desastroso, pues daba lugar á manifestaciones de cada uno de los diputados eclesiásticos. Un diputado lo hizo ver, pidiendo á la Asamblea que se contentara con pedir el juramento colectivamente.

La negativa colectiva no obtuvo, efectivamente, ningún éxito. La Asamblea no sacó del debate otro resultado que permanecer un cuarto de hora silenciosa é impotente, dando al enemigo ocasión de decir algunas palabras sonoras que, en un país como Francia, forzosamente habían de proporcionar enemigos á la Revolución.

A la salida de la Asamblea no ocurrió nada extraordinario. Los obispos salieron sin peligro de la Asamblea y volvieron á ella siempre que quisieron. La indignación de la multitud no se tradujo en acto alguno de violencia.

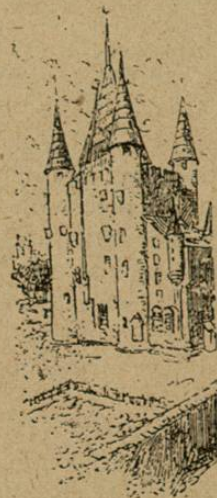
La sesión del 4 de Agosto fué el triunfo de los obispos sobre los abogados.

Estos parecían como influenciados por sus negras vestiduras que tienen mucho de hábitos sacerdotales, vestiduras de intolerancia, fatales para quienes las revisten. Los obispos encontraron en su situación palabras floridas y dignas, que para sus adversarios resultaron verdaderas estocadas.

Estos prelados que hablaban con sencillez evangélica, no eran en su mayoría más que cortesanos intrigantes y de mala fama: en nuestro

grave mundo moderno, que exige al sacerdote, para ser respetado, virtud é ilustración, habrían sido obligados á retirarse con vergüenza.

Mas la profunda política de Camus y de Barnave encontró, combatiéndoles, el medio de hacer de aquellos sacerdotes corrompidos héroes cristianos, admirados por la población de los campos como verdaderos mártires.



disparos á la vez le derribaron; desapareció un momento entre un grupo y le cortaron la cabeza. Esta cabeza ensangrentada fué llevada inhumanamente hasta el carruaje, y con gran trabajo se consiguió que aquellos salvajes alejasen de la vista de la real familia aquel motivo de horror.

En Chalons cambia la escena. Esta antigua ciudad, sin comercio, estaba habitada por nobles, rentistas y burgueses realistas.

Ajenos á las ideas de la época, ignorantes de la situación, aquellos hombres del antiguo régimen vieron con enternecimiento extraordinario á su pobre rey conducido de aquel modo; todos piden *ser presentados*; las señoras y señoritas llegan á ofrecer á las princesas sus flores humedecidas con sus lágrimas. Se prepara una suntuosa comida, la familia real cena en público, se circula alrededor de las mesas. ¿Están en Chalons ó en Versalles? El rey ya no lo sabe. Llega la guardia nacional: «No temáis nada, Señor, nosotros os defenderemos.» Algunos llegaron á decir que conducirían al rey á Montmedy.

El rey cena, se acuesta temprano, oye misa. Pero ya está todo cambiado. Han llegado los obreros de Reims, llega toda la Champagne; antes de que amanezca llena Chalons un ejército; todos excitados por la marcha, quieren ver partir al rey inmediatamente. ¡París! ¡París! es el grito universal; se apunta hacia las ventanas. El rey se asoma al balcón con su familia, digno y tranquilo. «Puesto que se me obliga á ello, voy á partir.»

Tres enviados de la Asamblea detienen el cortejo en Espernay y Dormans; vienen á asegurar, á dirigir el retorno del rey. Los tres escogidos entre la izquierda. El *monárquico* Malouet hubiera sido el intermediario natural para negociar con un rey libre; para custodiar á un rey prisionero, había enviado la izquierda tres hombres que representaban sus tres matices, Barnabe, Latour-Maubourg y Petion.

La reina los recibió muy mal; además de su misión, que les hacía poco agradables, tenía otros motivos muy diferentes para verlos con malos ojos. Latour-Maubourg, cortesano y en otro tiempo favorecido, amigo personal, sin embargo, del guardián del rey y representando á Lafayette en aquella circunstancia, era odiado especialmente; no pudo soportar la mirada de la reina y subió en otro coche, donde iban las mujeres, dejando á sus colegas el triste y peligroso honor de subir á la carroza del rey. Petion era naturalmente odioso; creían ver en él al Jacobino de los Jacobinos, á la revolución. Barnabe era mucho peor; en él se veía la odiosa trinidad (Duport, Barnabe y Lameth) de intrigantes, de ingratos, de gentes con las que se había cometido recientemente una sinrazón, fingiendo consultarlos y creerlos, y á los que se había engañado, divirtiéndose á su costa; y ahora la fatalidad hacía que cayeran entre sus manos.

Petion chocó extraordinariamente declarando que, como representante de la Asamblea, se había de sentar en el testero. Esto obligó á

Madame Isabel á pasar al asiento delantero; Barnabe se sentó á su lado enfrente de la reina.

Barnabe, de veintiocho años de edad, tenía cara de muy joven, hermosos ojos azules, la boca grande, la nariz arremangada y la voz áspera. Su figura era elegante. Poseía el aspecto audaz de un abogado duelista, acostumbrado á las dos clases de esgrima. Parecía frío, seco y malvado, pero no lo era en el fondo. Su fisonomía no expresaba en realidad más que su vida de lucha, de disputas, la irritación habitual de la vanidad.

Desde luego manifestó la intención realista del partido que le enviaba. Cuando leyó en voz alta el decreto de la Asamblea, el rey dijo: «Que jamás había tenido intención de salir de Francia.» Entonces Barnabe, apoderándose de aquella manifestación: «He ahí, dijo á Mathieu Dumas, lugarteniente de Lafayette, una palabra que salvará la monarquía.»

La reina notó que el joven diputado se volvía con frecuencia para mirar á los guardias de corps que iban en el pescante; después dirigía hacia ella las miradas con una expresión dura, en la que se podía distinguir algo equívoco é irónico (1). La reina era mujer, comprendió en seguida lo que ningún hombre hubiera comprendido; con un golpe de vista atrevido y fino, midió desde luego el partido inmenso que podía obtener de aquella disposición perversa en apariencia.

Comprendió sin dificultad que Barnabe creía ver entre los guardias de corps al hombre entusiasta al que la reina había concedido el favor de dirigir la fuga, el favor de morir por ella, al afortunado conde de Fersen. Digámoslo claramente: comprendió que Barnabe estaba celoso.

Para que esto no parezca absurdo, hay que saber que Barnabe, dominado por su vanidad, quería ser en absoluto el sucesor de Mirabeau; creía haberle heredado en la tribuna, pero quería la herencia completa: la reina lo era, según él. La confianza de la reina le parecía, en aquella herencia, el diamante más hermoso del difunto. Por un momento creyó haber alcanzado tan alta fortuna, cuando la corte fingió pedir el consejo de los tres amigos. De los tres dos, Lameth y Duport, eran notoriamente desagradables: el confidente necesario era Barnabe; por lo menos así lo había él creído. Había sido, por tanto, singularmente mortificado, como hombre político y como hombre, con la fuga de Varennes; le parecía que le robaban lo que, en su excesiva presunción, consideraba ya como suyo.

La reina era demasiado altanera para decirse claramente todo esto, como yo lo digo aquí, pero no por eso dejó de ver todo lo que era necesario ver. Aprovechó, sin afectación, la primera ocasión natural para decir los nombres de los tres guardias de corps. Barnabe vió que se había equivocado, que no estaba allí Fersen. Ved un hombre completa-

(1) Los detalles que siguen parecerán novelescos, y son sin embargo muy verosímiles. Estan omados de Weber, Valory, Campan, etc.